

JOSERRA ECHEVARRÍA



GRAN HOTEL ALAMEDA



CAPÍTULO 1

Son las siete menos cinco de una húmeda y fría mañana, es un día muy especial para mí, estamos en octubre de 2014. Voy bajando por la calle Mayor, me dirijo hacia la Alameda. La lluvia es fina y constante como casi todos los días en esta época del año. Mis pasos resuenan en aceras humedecidas por la pertinaz lluvia que ha caído durante toda la noche. Los coches circulan despacio por la calzada adoquinada, al pasar cerca de los escasos transeúntes que estamos en ese momento transitando por las calles, reducen su velocidad para evitar esas salpicaduras tan innecesarias como molestas. Por la calle a estas horas hay pocas personas, solo los que nos dirigimos a nuestros centros de trabajo y alguno que regresa a su domicilio, después de haber pasado la noche de fiesta. Siempre, cuando nos cruzamos, debajo de los paraguas se oye un «buenos días» y se observa una sonrisa. Es lo bueno de vivir en una ciudad pequeña, nos conocemos todos al menos de vista. Me dirijo con una mezcla de pena inmensa e ilusión al nuevo puesto de trabajo. Los antidepressivos que tengo pautados desde hace un par de años me hacen el efecto terapéutico deseado, y así soy capaz

de levantarme de la cama e intentar volver a mi vida normal de nuevo.

Soy Carolina, una mujer viuda próxima a la edad madura, que me voy a incorporar a un nuevo reto laboral en la ciudad que me vio nacer a finales de la década de los sesenta. Las adversas circunstancias que se han desarrollado en mi vida me han traído de nuevo aquí, a residir con mis padres en su casona. Me han recibido como solo pueden hacerlo ellos con su hija, desprotegida e indefensa. Aunque estoy encantada de volver a vivir en esta preciosa y pequeña ciudad, hubiera preferido no tener que hacerlo. ¿Por qué se han tenido que ir? ¿Por qué me han dejado tan sola y tan pronto?

Me afloran a la memoria mis más dolorosos recuerdos. De todo lo que me ha traído a trabajar de nuevo a mi ciudad natal que se encuentra ubicada en un hermoso valle rodeada de montañas siempre verdes y con los picos nevados durante el invierno y algunos neveros durante el resto del año. Es para mí un día muy triste, a pesar de que se me abre una nueva vida laboral.

Me quedé hace algo más de dos años sin marido y sin hija, en un incomprensible y absurdo accidente de tráfico, fruto del alcohol. Hasta el mes de septiembre de 2012 vivíamos felices en una paradisíaca isla con aguas azul turquesa, con arenas blancas, grises y negras de orígenes volcánicos. Más de 3.300 horas de sol al año en la isla, en esta ciudad no llegamos a las 1.600 horas, con

una temperatura ideal, que raras veces alcanzamos aquí. A lo mejor al celebrar nuestra fiesta patronal la de la Virgen de agosto alcanzamos esas temperaturas.

Mi marido trabajaba en el aeropuerto de la isla, era empleado de Servicios Especiales. Mi hija era una adorable adolescente de quince años, una niña preciosa, buena estudiante y aficionada al voleibol. Sus vidas se truncan un desafortunado sábado cuando Verónica y Jorge se dirigieron al partido semanal de vóley, su pasión deportiva. Se les cruzó en el camino un coche en el que viajaban unos jóvenes que venían de recogida. Podrían haber pasado cinco minutos antes o cinco minutos más tarde y no haber coincidido con ellos. El impacto fue brutal; nuestro coche, un todoterreno grande, fue lanzado por un desnivel de cincuenta metros hasta llegar al mar. El Grupo Especial de Actividades Subacuáticas (GEAS) de la Guardia Civil y los Bomberos tardaron varias horas en recuperar sus cadáveres del agua. Para mí fue un golpe muy duro.

A mi marido le había conocido 25 años antes en la fiesta de una amiga, era un chico dos años más joven que yo, un sevillano guapo, simpático, alto, moreno, de ojos color miel, con un acento andaluz encantador, muy buena persona, y posteriormente me demostró que fue un gran marido y un maravilloso padre. Nos casamos a los seis años de conocernos, aunque a los dos años ya vivíamos juntos. Disfrutamos muchísimo; cuando descendía

la carga de trabajo, viajamos mucho. Al cumplir Verónica los dos años la incorporamos a nuestros viajes. Siempre que teníamos oportunidad bajábamos los dos solos al sur de la isla, a una playa nudista donde nos encantaba ir. La playa de la Caleta del Congrio es la que más nos gustaba de Lanzarote. Aunque somos nudistas, no nos gustan los ambientes liberales.

Ese último verano habíamos hecho un viaje espectacular muy tranquilo: la Ruta 66 2.448 millas (o 3.940 km), muy larga pero muy cómoda, en una *camper* de alquiler con mi amor y nuestra hija, entre Chicago y Los Ángeles. Recorrimos los Estados Unidos de América desde la costa este a la oeste, y de norte a sur. Adentrándonos en la América más profunda. Viajar con Jorge era un auténtico placer, hablaba un perfecto inglés y eso facilitaba mucho las cosas.

Pero un maldito accidente de tráfico me los arrebató. Y me dejó sola, muy sola, deprimida, y muchas veces sin ganas de continuar viviendo, apoyándome en padres, amigos y en los psicofármacos que tengo prescritos, y que tomo en abundancia.

Mientras avanzo empiezo a visualizar mi nuevo puesto de trabajo. Favorecen esta visión las luces de las antiguas farolas de estilo isabelinas, aunque ya hoy modernizadas

con bombillas que dan mucha luz y a la vez son ecológicas y de bajo consumo. El ayuntamiento hizo una propuesta muy atrevida y sustituyó las bombillas convencionales por halógenas conservando el estilo clásico de las farolas.

El hotel es un edificio de cuatro plantas de estilo neoclásico, de piedra caliza blanca. Antes de llegar a él cruzo el callejón que al fondo da acceso al muelle de carga y a la parte lateral del brazo este del edificio, uno de los brazos que lo conforman. La parte más expuesta a los vientos del norte y a la fría lluvia. Cuando llego acaricio como si fuera una chiquilla las piedras de la fachada, como lo había hecho tantas veces, retornando a mi adorable y agradable infancia.

En el cruce de la calle Mayor con el Paseo de la Alameda, se encuentra el acceso al hotel en un hermoso chaflán. Una gran puerta de hierro forjado pintada en color verde inglés con unos adornos de bronce, unos representan frutas y otros creo recordar que son unos animales mitológicos, de aquellos que veía ilustrando los textos de mitología griega mientras estudiaba el bachillerato, aunque no sabría identificarlos. Las dos hojas centrales de las cuatro que componen el portalón están abiertas.

Para desgracia de los clientes y paseantes, ya no está el portero que en invierno vestía un abrigo largo azul marino con cuellos y puños de terciopelo negro,

con doble botonadura dorada en dos filas de siete cada una y gorra de plato del mismo tono que el abrigo. En las épocas de lluvia, que son muchas en esta parte del norte de España, se cubría con una capa acharolada con capucha de color negro. Durante años saludó a todo el mundo con una sonrisa llevando la mano derecha a la visera de su gorra. Las veinticuatro horas del día estaba a disposición de prestar ayuda a cualquier persona que lo requiriera, fuera cliente o no.

Subo los cuatro peldaños de la escalera de mármol. A la derecha, por aquello de la accesibilidad, se encuentra una rampa que cumple con su función respecto a la normativa, pero que deja mucho que desear en cuanto a su estética. La escalera tiene una alfombra roja, que está pidiendo su renovación. A través de una gran puerta giratoria de madera, y cristal, y con herrajes de bronce bruñidos, accedo al vestíbulo del hotel. En el suelo veo una Rosa de los Vientos de unos cuatro metros de diámetro, que en el punto lateral sureste me saluda y me invita a entrar. Fue una licencia que tuvo el arquitecto, que era natural de Bilbao, amante de la mar, y un gesto que le permite poner el dueño del hotel. Algo muy marinero en un frondoso valle entre montañas siempre verdes. Cuelga en el techo una lámpara de araña estilo María Teresa con ocho brazos y cristales de Bohemia de un tamaño considerable, de más de tres metros de diámetro y cuatro y medio de altura; tampoco está en su mejor momento

de brillantez: le sobra polvo, le falta brillo en los cristales y alguna que otra bombilla. A la izquierda está el ascensor y el acceso al pasillo del ala sur. Enfrente la cafetería y el acceso al restaurante, donde entre las tenues luces, se distinguen a través de las cristaleras las figuras del personal del comedor preparando el autoservicio donde se van a distribuir los desayunos a partir de las siete y media de la mañana. A mano derecha, otro pasillo, el del ala este, un ascensor y el mostrador de la recepción.

El conjunto de recepción es de madera de cerezo, que ya ha perdido su tono pardo rosado original y se ha vuelto más rojiza. Al fondo, en una pared, hay un casillero que tiene cinco filas, las tres superiores con trece casillas y las dos inferiores con doce. Los casilleros tienen una chapa de bronce con las numeraciones grabadas en negro de las cincuenta y seis habitaciones y tres suites de que dispone el hotel. Son los casilleros donde hace tiempo se dejaban las llaves de las habitaciones; ahora ya las cerraduras de las puertas se abren con tarjetas electromagnéticas, aunque estos aún siguen teniendo utilidad para dejar avisos y recordatorios a los clientes. Al fondo hay una puerta que da acceso a lo que debe ser la oficina de la recepción. En el mostrador, unos carteles y expositores con publicidad de la región, donde se invita al cliente a hacer unos recorridos turísticos por la zona: descenso en canoas, marcha nórdica, rutas a caballo... y la gran pantalla de ordenador orientada al puesto del

personal del hotel y un timbre de sobremesa, esos que de niña siempre me gustó tocar; lo hago sonar con cierto nerviosismo. Por la puerta entreabierta de la oficina, con paso cansado, sale un hombre que tiene muchos años, o eso al menos me parece a mí, no creo que le quede mucho tiempo para jubilarse. Es el conserje de noche, tiene cara de sueño y las marcas de la cara y el uniforme arrugado delatan que durante la noche ha dormido algo más de lo que debería en su puesto de trabajo, abandonando sus obligaciones como conserje y seguridad del hotel.

—Hola, buenos días —saludo al conserje.

—Buenos días —me responde malhumorado.

—Soy Carolina, la nueva gobernanta del hotel.

Esboza una sonrisa y me dice.

—Encantado de saludarle, doña Carolina, no esperaba que llegara tan pronto. Soy Eladio, uno de los conserjes de noche, no dude en pedirme todo lo que necesite.

—Encantada, don Eladio, ¿cómo sabe mi nombre?

—Doña Carolina, desde hace días se comentaba su llegada. Ayer habló usted con el director y ya se sabe que es la nueva gobernanta. Mis compañeros de la tarde me dijeron su nombre por si venía usted pronto hoy. Si me permite, doña Carolina, le doy la bienvenida al Gran Hotel Alameda. Y por favor, tutéame.

—Muchas gracias, Eladio. ¿Me puede dar la llave de mí «despacho»?